

ANTONY BEEVOR

ARTEMIS COOPER

PARÍS

DESPUÉS DE LA LIBERACIÓN: 1944-1949



CRÍTICA

ANTONY BEEVOR
ARTEMIS COOPER

PARÍS
DESPUÉS DE
LA LIBERACIÓN
1944-1949

Traducción castellana de
DAVID LEÓN GÓMEZ

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: 2003

Primera edición en esta presentación: mayo de 2015

París después de la liberación: 1944-1949

Antony Beevor y Artemis Cooper

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Paris after the Liberation: 1944-1949*

© Antony Beevor y Artemis Cooper, 1994

© de la traducción, David León Gómez, 2003

© Editorial Planeta S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-846-4

Depósito legal: B. 8291 - 2015

2015. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Índice

<i>Prefacio</i>	VII
---------------------------	-----

PRIMERA PARTE Historia de dos países

1. El mariscal y el general.	3
2. Los senderos del colaboracionismo y la Resistencia	10
3. La Resistencia del interior y los hombres de Londres.	19
4. Objetivo: París	29
5. París liberado.	49
6. La odisea de los exiliados	59
7. Turistas de guerra y <i>Ritzkrieg</i>	63
8. La <i>épuration sauvage</i>	70

SEGUNDA PARTE *L'État, c'est De Gaulle*

9. El gobierno provisional	85
10. <i>Corps Diplomatique</i>	98
11. Uniformes caqui y banderas tricolor	114
12. Escritores y artistas en la línea de fuego	122
13. El regreso de los exiliados.	134
14. Los grandes juicios	142
15. La sed de novedades	156
16. Comunistas en el gobierno	171
17. La abdicación de Carlos XI	179

TERCERA PARTE

Camino de la guerra fría

18. Sombras chinescas de conspiraciones y contraconspiraciones . . .	195
19. Política y cartas	205
20. El campo de batalla diplomático	214
21. Historia de dos ciudades	225
22. El contraataque frente a los comunistas	237
23. Funestos augurios	249
24. La República bajo control.	261
25. El apogeo de Saint-Germain-des-Prés	274
26. Un triángulo curioso	284
27. La traición de los intelectuales	294

CUARTA PARTE

La nueva normalidad

28. La invasión de los turistas.	311
29. <i>Paris sera toujours Paris</i>	319
30. La fiebre recurrente.	324
Referencias	339
Notas	341
Bibliografía	357
Créditos de las ilustraciones	367
Índice alfabético	369

El mariscal y el general

A la caída de la tarde del martes, 11 de junio de 1940, el mariscal Philippe Pétain y el general Charles de Gaulle cruzaron sus miradas cuando se hallaban a punto de entrar en el Château du Muguet, un mes y un día después de que se hubiese iniciado la invasión alemana de Francia. Llevaban más de dos años sin verse, y aquél iba a ser uno de sus últimos encuentros. Cada uno de ellos se proclamaría en breve dirigente del país y tildaría al otro de traidor según sus respectivas versiones del estado.

Pétain y De Gaulle habían viajado por separado por carreteras plagadas de refugiados y tropas desesperadas. Aquella mañana, el castillo, situado cerca de Briare, a orillas del Loira y al sur de París, se había convertido en la residencia provisional del general Weygand, el comandante en jefe que acababa de decidir abandonar la capital en manos de los alemanes. Se había convocado una reunión del mando supremo interaliado a fin de discutir el desastre, y se esperaba en cualquier momento la llegada de los representantes británicos, presididos por Winston Churchill. El primer ministro y sus colegas habían volado desde Inglaterra, desde donde, escoltados por un escuadrón de aviones Hurricane, habían seguido una ruta larga y tortuosa hasta aterrizar en el desierto aeródromo de Briare.

El mariscal Pétain, nacido durante el último año de la guerra de Crimea, contaba a la sazón ochenta y cuatro años. Estaba orgulloso de su aspecto, y en particular, de su bigote blanco de largas guías. Sin el quepis escarlata y dorado que cubría su cabeza, la coronilla calva le confería el aspecto de un anciano de la antigua Galia. El único rastro de color que podía vislumbrarse en su rostro marmóreo procedía de sus ojos, que, aunque acuosos, seguían mostrando un sorprendente tono azul. Los *bons yeux bleus du Maréchal* proporcionarían una de las consignas favoritas del culto personal del que serían objeto él y su régimen de Vichy.

Charles de Gaulle tenía en aquel entonces cuarenta y nueve años. Gozaba de una altura extraordinaria, y el hecho de que superase en estatura a Pétain se veía además realzado por su porte. Daba la sensación de dominar por completo sus movimientos corporales, excepto cuando hacía gestos enfáticos, para lo cual no empleaba las manos como la mayoría de los latinos, sino toda la longitud de unos brazos que semejaban interminables. Su semblante era pálido y alargado, y sus ojos escrutadores parecían atrincherados a poca distancia uno del otro, separados por una nariz que más parecía un pico despuntado.

La relación entre Pétain, defensor de la fortaleza de Verdún en 1916, y De Gaulle, partidario de la guerra blindada convertido en uno de los más jóvenes generales de brigada del Ejército, había comenzado mucho tiempo atrás. Al graduarse en la academia de Saint-Cyr dos años antes de la primera guerra mundial, el teniente De Gaulle había pedido que lo destinasen al regimiento de Pétain. Con todo, la admiración que le profesaba quedó muy mermada durante el período de entreguerras. En su opinión, el mariscal al que idolatraban por igual veteranos y políticos había sucumbido a la influencia corruptora de las alabanzas y los honores. Por lo tanto, no resulta sorprendente la frialdad de que adolecía aquel encuentro.

—Lo han hecho general —observó Pétain, sin duda al reparar en las dos nuevas estrellas que ornaban su manga. En calidad de mariscal francés, él lucía siete—. Comprenderá que no lo felicite: ¿De qué sirve el rango durante una derrota?

—Sin embargo, mariscal —señaló De Gaulle—, fue precisamente durante la retirada de 1914 cuando le concedieron a usted sus primeras estrellas.

—No me compare usted —fue su respuesta.¹

El primer ministro, Paul Reynaud, bien que resuelto a resistir al enemigo, se había visto sometido a una presión cada vez mayor por parte de su turbulenta querida germanófila, la condesa Hélène de Portes. Ésta interfería sin recato alguno en los asuntos de estado, hasta el punto de que en cierta ocasión hubo de recuperarse de su lecho el borrador de un telegrama secreto que tenía por destinatario al presidente Roosevelt. Y lo que era aún peor: había logrado persuadir a su amante a que nombrase ministros a varios derrotistas que acabarían por provocar su derrocamiento.

Impresionado por el aplomo y la energía de De Gaulle, así como por sus predicciones relativas al rumbo que tomarían los acontecimientos, Reynaud acababa de hacerlo subsecretario de estado en tiempos de guerra a despecho de una fuerte oposición. Sin embargo, a mediados de mayo, había tenido que hacer regresar a Pétain, que ejercía el cargo de embajador en el Madrid del general Franco, para ofrecerle el de vicepresidente del Consejo de Ministros.

A pesar de su avanzada edad, Philippe Pétain seguía envuelto en la reputación que se había granjeado en Verdún. El recuerdo de su célebre grito («¡No pasarán!») bastaba para humedecer los ojos de los veteranos. Pero para esta se-

gunda confrontación no le quedaba estómago, por lo que prefirió abogar sin ambages por un armisticio con los alemanes antes de que el Ejército francés quedase hecho añicos. Ya se habían recibido informes de soldados que se negaban a obedecer órdenes, y Weygand compartía sus mismos miedos. «¡Ah! —dicen que comentó con un suspiro—. Si al menos pudiese estar seguro de que los alemanes me van a dejar con un número de hombres suficiente para mantener el orden...»²

Ninguno de ellos había olvidado los motines que siguieron en 1917 a la desastrosa ofensiva del Aisne. Los comandantes franceses, alarmados ante la desintegración del Ejército zarista y la reciente revolución de Petrogrado, habían reprimido sin piedad los disturbios. Pétain había recibido entonces el cometido de reformar el Ejército y hacer que recuperase la disciplina. Sus admiradores lo veían como el hombre que había salvado Francia del bolchevismo.

La reunión iba a celebrarse en el oscuro comedor del castillo, en el que se había dispuesto una mesa de grandes dimensiones. Reynaud, hombre de corta estatura y rostro inteligente, aunque tal vez demasiado bien alimentado para describirlo de zorruno, convocó a sus colegas en el recibidor a fin de dar la bienvenida a sus Aliados. La presión a la que estaba sometido lo hacía estar nervioso e irritable. De Gaulle, que se hallaba entre los más jóvenes de los presentes, esperaba de pie al fondo para ocupar su lugar en el extremo de la mesa cuando llegara la hora de que todos se sentasen.

Churchill había salido de Inglaterra de un humor de perros, ataviado con uno de sus vetustos trajes negros a despecho del calor estival. Sin embargo, cuando entró en la sala tenía aspecto jovial y rostro rubicundo. Lo seguían Anthony Eden, el general sir John Dill, el general de división Hastings Ismay, el secretario del gabinete de guerra y el general de división Edward Spears, quien lo representaba ante el gobierno francés. Este último pudo notar que, pese a la atenta bienvenida de Reynaud, su presencia allí era comparable a la de «los familiares pobres en una recepción fúnebre».³

A petición de Reynaud, Weygand dio a conocer la situación militar del momento mediante una descripción pesimista en extremo que culminaba con la frase: «C'est la dislocation!».⁴ Churchill recordó en un discurso tan largo como apasionado, salpicado de alusiones históricas en su inimitable mezcla de francés e inglés, el trance similar del que se habían recuperado los Aliados durante la primera guerra mundial y tras el que habían salido vencedores de la contienda: «Seguiremos luchando *toujours*, siempre... en todas partes, *partout... pas de grâce*, sin piedad. *Puis la victoire!*».⁵ Ignoraba que Weygand había decidido abandonar París, e instó a los allí reunidos a defender la capital luchando casa por casa. Pétain no pudo menos de horrorizarse aún más al oírle sugerir la necesidad de continuar la lucha con guerra de guerrilla, que consti-

tuía una de sus cuestiones favoritas. Su rostro regresó a la vida de súbito al tiempo que murmuraba hecho una furia que una cosa así equivaldría a «la destrucción del país».⁶ Estaba convencido de que semejante relajamiento de la cadena de mando iba a desembocar en la anarquía que tanto temían él y Weygand.

El general Weygand, también airado, intentaba, presa del desconcierto, alejar del Ejército francés la responsabilidad de la humillación que estaba sufriendo el país. Él y los suyos culparon de tal situación a todo aquello que más odiaban: el gobierno del Frente Popular de 1936, los liberales, los comunistas, el anticlericalismo, la francmasonería y, además, al parecer, a sus aliados, por haber empezado la guerra. En ningún momento se aceptó crítica alguna al estado mayor general francés.

El comandante en jefe eludió la cuestión de proseguir la lucha por otros medios: repitió que se hallaban «en el último cuarto de hora» de la batalla e insistió en exigir hasta el último de los escuadrones de cazas británicos disponibles.⁷ Los británicos no estaban en condiciones de trasladar más aviones Hurricane ni Spitfire de los destinados a la defensa nacional, sobre todo teniendo en cuenta que dudaban de la voluntad de los dirigentes militares franceses. Pronto quedó claro que su negativa proporcionaría a los derrotistas una excusa para buscar una paz por separado con los alemanes.

Con todo, no puede decirse, en absoluto, que todos los hombres que tenían enfrente fuesen *capitulards*: al menos ocho de ellos mostraban una firme oposición a la posibilidad de un armisticio. La delegación británica quedó impresionada en particular por Georges Mandel y De Gaulle. El primero, valeroso ministro del Interior de origen judío que moriría en 1944, asesinado por miembros de la milicia de Vichy, se había asegurado de que no quedara en París ningún político dispuesto a pactar con los alemanes, en particular el gran oportunista Pierre Laval. Asimismo, creía en la necesidad de proseguir la lucha desde las colonias norteafricanas de Francia en caso de que cayese la metrópoli. De Gaulle, entre tanto, respaldaba la idea de convertir Bretaña en el último bastión de la Resistencia, de tal manera que tras el encuentro se dispuso a preparar la defensa de la citada península del noroeste francés. Sin embargo, contra la resolución de hombres como éstos se erigían la magnitud del desastre y las desvergonzadas maniobras de sus oponentes. Cuando el primer ministro británico y sus acompañantes despegaron a la mañana siguiente para regresar a Londres, temían que se hicieran realidad los peores pronósticos.

El gobierno francés se trasladó a Burdeos dos días más tarde, movimiento que constituyó el último estadio de su retirada. Los ministros hallaron la ciudad en el estado caótico al que la habían llevado a partes iguales el pánico y la apatía. Los que estaban bien relacionados habían requisado habitaciones en los hoteles Splendide, Normandie o Montréal y se habían procurado una mesa en el res-

taurante Chapon Fin, donde la escasez extrema no había hecho mermar la soberbia calidad de la cocina. Spears y el ministro británico, Oliver Harvey, echaron un vistazo a los diputados y senadores de las otras mesas. El primero llegó a la conclusión, «con cierto enojo, dada mi condición de conservador», que los únicos políticos que contaban con la preparación suficiente para proseguir la lucha contra Alemania eran «socialistas en su mayoría».⁸ Con todo, quien acaparaba la mayor parte de su odio era el tráfuga Pierre Laval. El aspecto de este último (un hombre achaparrado de rasgos de sapo, dientes cariaídos y cabello grasiento), no hacía difícil sentir antipatía por su persona.

Los funcionarios que salían de sus hoteles se veían acosados por toda una muchedumbre de refugiados ansiosos por saber del avance alemán o de los parientes que tenían en el Ejército. Entonces podían oírse voces que los acusaban de incompetencia, cobardía e incluso traición: la frase que resumía el sentimiento que comenzaba a generalizarse era: *Nous sommes trahis!* El consulado británico se hallaba sitiado por los que buscaban refugio, entre los que había muchos judíos desesperados por huir. Circulaba un rumor que no tenía nada de falso y que aseguraba que los aviones alemanes habían lanzado minas magnéticas sobre el estuario de Gironde, con lo que habían aislado prácticamente el puerto de Burdeos.

El domingo, 16 de junio, Reynaud hubo de admitir que resultaba casi imposible mantener la resistencia ante los *capitulards*. Resultaba difícil para un político civil desafiar la opinión de los dirigentes militares, y además, en aquel estadio no contaba con el respaldo de De Gaulle, puesto que lo había enviado a Londres para que completase cierta misión. El mariscal Pétain disponía de un ingente número de seguidores en el país, y era bien consciente de la fuerza de su posición.

Enseguida pudo comprobarse que toda esperanza resultaba vana. Se había pedido la ayuda del presidente Roosevelt, aunque el llamamiento demostró ser optimista hasta rayar en la ridiculez. Reynaud pensaba que la idea propuesta por Churchill a última hora, relativa a una unión anglo-francesa, que contaba con la aprobación de De Gaulle, podría salvar la situación. Los seguidores de Pétain lo consideraban una maquinación de Gran Bretaña que no perseguía otra cosa que convertir Francia en otro más de sus dominios.* Uno de los ministros que apoyaban a Pétain, Jean Ybarnegaray, espetó: «Mejor ser una provincia nazi; al menos, ya sabemos lo que quiere decir», a lo que respondió Reynaud: «Yo prefiero colaborar con mis aliados antes que con mis enemigos». El

* La idea de la unión procedía, en realidad, de un francés: Jean Monnet, uno de los hombres más influyentes de su tiempo. Este notable experto de planificación económica, que en esas fechas se hallaba en Londres, en una misión de compra de armas, había logrado ya granjearse la confianza y el respeto de Churchill y también de Roosevelt. Más tarde inspiró el plan de la victoria en Estados Unidos.

propio mariscal desestimó hecho una furia la idea, que describió como equivalente a «casarse con un cadáver».

Los oponentes de Reynaud pasaron entonces a respaldar la propuesta de otro ministro, Camille Chautemps, que abogaba por solicitar de Hitler una serie de condiciones y considerarlas. Chautemps, que en 1933 era primer ministro y había visto su reputación empañada a raíz del escándalo Stavisky, era uno de los más conocidos de entre aquellos políticos de la Tercera República que trataban a su país «como si fuera una compañía comercial que afrontaba una liquidación».⁹ Reynaud no dudó en presentar su dimisión al presidente Albert Lebrun. Después, Pétain se acercó a aquél y, tendiéndole la mano, le transmitió sus deseos de que siguiesen siendo amigos. Reynaud se dejó engañar por sus modales, y decidió quedarse en Francia por si el presidente Lebrun le pedía que formase un nuevo gobierno. En ningún momento se le pasó por la cabeza que el mariscal Pétain fuese a autorizar su arresto en cuestión de semanas, organizarle un juicio y encarcelarlo para dejar después que quedase en manos de los alemanes.

Aquella noche, a las diez, De Gaulle, que había regresado directamente a Burdeos desde Londres en un aeroplano proporcionado por Churchill, aterrizó en el aeropuerto de Mérignac todavía henchido de esperanzas relativas a la unión anglo-francesa. Aún no sabía cómo habían ido las cosas en el Consejo de Ministros. Un oficial que lo esperaba en la pista de aterrizaje lo puso al corriente de la dimisión de Reynaud, y media hora más tarde llegaron noticias de que el presidente Lebrun había nombrado primer ministro al mariscal Pétain. No es difícil imaginar la conmoción que esto supuso. De Gaulle cesó en cuanto ministro para regresar, al menos en teoría, al rango de general de brigada. De cualquier modo, el nombramiento de Pétain, que suponía la victoria de los derrotistas, eliminó cualquier duda que pudiese albergar en su mente: independientemente de cuáles fueran las consecuencias, debía regresar a Inglaterra a fin de proseguir la lucha.

Había de andar con cuidado si quería salir de Francia sano y salvo: Weygand lo odiaba, tanto en lo político como en lo personal, y cualquier intento por parte de un oficial de continuar la batalla que el comandante en jefe se había mostrado tan dispuesto a abandonar se consideraría un motín. Weygand no tardaría en hacerle un consejo de guerra con la satisfacción que sólo puede reportar la indignación moral.

Reynaud, aliviado en muchos sentidos al verse libre de una terrible carga, hizo que De Gaulle se reafirmase en la idea durante el breve encuentro que mantuvieron antes de la medianoche. Haciendo caso omiso del hecho de que ya no era primer ministro, proporcionó pasaportes y fondos reservados a fin de cubrir los gastos inmediatos del general que partía investido de una dignidad comparable a la de un caballero andante.

La madrugada del día siguiente, lunes, 17 de junio, De Gaulle, acompañado de su joven ayudante militar, Geoffroy de Courcel, se reunió con el ge-

neral Spears en el vestíbulo del hotel Normandie. Este último había recibido una llamada en su habitación poco antes. Se trataba del duque de Windsor, que solicitaba que se enviase un buque de guerra para recogerlo en Niza. El antiguo rey recibió la respuesta, firme aunque cortés, de que no quedaba embarcación alguna disponible, si bien no había duda de que la carretera que llevaba a España estaría abierta a los automóviles en caso de que no deseara hacer uso del único barco del puerto: un carbonero.

La reducida expedición formada por Spears, De Gaulle y De Courcel se dirigió a Mérignac por carretera para embarcar en un aeroplano de cuatro plazas proporcionado por Churchill. Se hallaba en medio de lo que semejava un depósito de chatarra militar. Tras el angustioso retraso, debido a una serie de maniobras efectuadas en la pista de despegue, el avión se elevó en el aire, y no tardó en sobrevolar los deprimentes escenarios que recordaban a los pasajeros la realidad militar que se extendía a sus pies. De los almacenes en llamas se elevaban vastas columnas de humo, aunque la peor vista fue la de un buque de transporte, el *Champlain*, que había estado evacuando a dos mil soldados británicos y se hundía en esos momentos en las aguas del mar.

La decisión tomada por el general de resucitar la bandera de batalla francesa desafiando a su propio gobierno lo había convertido en un amotinado. Al cruzar su Rubicón particular, el canal de la Mancha, había iniciado una rebelión tanto política como militar. Años después, André Malraux le preguntó acerca de lo que había sentido durante aquel viaje del 17 de junio. «¡Oh, Malraux! —respondió tomando entre las suyas las manos del escritor—. Fue terrible.»¹⁰

Los senderos del colaboracionismo y la Resistencia

El anuncio de que el mariscal Pétain pretendía formar su propio gobierno dio pie a un profundo sentimiento de alivio en una aplastante mayoría de la población. Lo único que deseaba el pueblo era que terminasen los implacables ataques, como si las cinco últimas semanas no hubiesen sido sino un injusto combate de boxeo cuyo inicio nunca debía haberse permitido. El discurso radiado que dirigió al país y en el que declaraba que «la lucha debe cesar» se emitió el 17 de junio, al mismo tiempo en que el modesto aeroplano de De Gaulle estaba a punto de aterrizar en Heston, cerca de Londres.

El día 21, Hitler orquestó la rendición francesa en el vagón de tren del mariscal Foch, situado en el bosque de Compiègne, e invirtió así la humillación a que se había visto sometida Alemania en 1918. El general Keitel presentó las condiciones del armisticio sin permitir discusión alguna, y los *capitulards* hicieron lo posible por convencerse de que resultaban menos severas de lo que habían esperado. Asimismo, necesitaban creer, junto con los millones de personas que respaldaban su iniciativa, que la decisión de proseguir la guerra en solitario tomada por los británicos era una locura: Hitler los vencería en cuestión de semanas, de manera que prolongar la resistencia iba en contra de los intereses de todos.

Una vez que los alemanes definieron cuál era la «Francia no ocupada» (es decir, el bloque central y meridional, a excepción de la costa atlántica), el nuevo gobierno de Pétain tomó por base el balneario de Vichy, elección influida en parte por el número de hoteles vacíos que podían hacer las veces de oficinas gubernamentales.

Allí, el 10 de julio, los senadores y diputados de la Asamblea Nacional otorgaron por votación plenos poderes a Pétain y acordaron la suspensión de la democracia parlamentaria. No tenían demasiadas opciones, aunque todo apunta a que la mayoría acogió ésta con agrado. Con todo, hubo una minoría